

Nº 36. — [Andrés Lamas a Rufino de Elizalde: Referencia al contenido de la nota elevada el 4 de diciembre al gobierno argentino. Retiro de la misión Mármol de Montevideo. Rechazo argentino a la propuesta uruguaya sobre someter su cuestión con Argentina al arbitraje de un tercer Estado. Expresiones vertidas por el canciller Juan José de Herrera en ocasión del retiro de Mármol. Denuncia de Lamas sobre preparativos bélicos argentinos contra el Uruguay. Solicitud de una definición del gobierno de Mitre con respecto al arbitraje propuesto. Los beneficios de la paz para América.]

[Buenos Aires, 10 de diciembre de 1863]

/Misión confidencial  
de la República Oriental del Uruguay.

Nº 37.

Buenos Aires, diciembre 10/1863.

Señor ministro: En el concepto de que el gobierno de V. E. había acordado medidas que importaban interrumpir, por actos de guerra, las negociaciones pendientes en Montevideo, tuve el honor de dirigir á V. E. mi nota del día 4.

En ella dije á V. E., como me autorizaban á hacerlo mis instrucciones genera[les] y los conocidos propositos y reiteradas declaraciones de mi gobierno, que si el de V. E. no buscaba injustificadamente la guerra, la paz era no solo posible sino segura, con honor de las dos repúblicas.

Me lisonjeara con la esperanza de que las esplicaciones que entonces ofrecía á V. E. sobre las bases posibles de un arreglo pacífico y mutuamente satisfactorio, probando aquella asercion, contribuirían á que las instrucciones que el gobierno de V. E. diese

á su agente diplomático en Montevideo, facilitasen, como tanto era de desear, el buen éxito de las negociaciones que allí se seguisen.

Satisfaciendome con la seguridad dada de viva voz, de que ninguna medida coercitiva tendria lugar durante las negociaciones, y de que no repelería el gobierno argentino el principio del arbitraje, que ya habia hecho suyo, ni aun exiji la contestacion escrita de aquella mi nota, todavia hoy pendiente.

Estas mismas seguridades trasmití á mi gobierno, como era de mi deber.

Interrumpidas en Montevideo las negociaciones en el asunto de que estaba encargado el Sr. Mármol, por el pedido de pasaportes que tuvo á bien hacer ese distinguido caballero, ni aun ellas quedaron rigurosamente rotas entre los dos gobiernos, porque quedó pendiente la propuesta hecha por el mio.

Esa propuesta está consignada en la manera mas formal en la nota dirigida por el ministro oriental al Sr. Mármol en el día 4, en los siguientes terminos:

«Si en tal estrcuidad, abriga todavia el gobierno de V. S. sentimientos pacíficos, como los abrigó siempre el de esta república, propongo en nombre del gobierno de esta, que se entregue la reso/lucion de los negocios pendientes al arbitraje del gobierno ó del representante en el Plata de una potencia amiga. El gobierno oriental dejaría, en tal caso, al mismo gobierno argentino la eleccion del arbitro, totalmente confia en su buen derecho».

No era permitido esperar ni qué el gobierno argentino repeliere esta propuesta, si realmente no busca la guerra, ni mucho ménos que una tal propuesta que era, propiamente, la paz del honor y del derecho, no mereciera contestacion alguna, lo que equivaldría á repeler la paz por medio de la descortesia.

Descansando en la seguridad de que aquella propuesta no podia dejar de considerarse pendiente, como efectivamente lo estaba y lo está, á ella se refirió el Sr. ministro de Relaciones Exteriores de mi gobierno al satisfacer el pedido de pasaportes del Sr. Mármol.

Dijole, en esa ocasion, S. E. el Sr. ministro al Sr. Mármol:

«Y mas que todo, señor, ahí está la última palabra de este gobierno consignada en su nota del 4, contestando á la exigencia de Su Señoría. En esa nota está la paz digna para todos, qué juzgue un tercero nuestro reciproco proceder, y sea el que fuere su fello, subordinemonos».

/De esta manera, si hay verdadero deseo de arreglar las lamentables diferencias [sic] que dividen á las repúblicas del

Plata que aspiran, sin duda, como lo dice el Sr. Mármol, á no acabar de perder el crédito de la América, tan comprometido, y á hacer vida propia, tranquila y respetada, desaparecerían, no lo dudemos, los embarazos que traen necesariamente consigo situaciones como la que por infortunio se le hace atravesar a este país.

Penetrado de esas ideas y lleno de esperanza el gobierno oriental de que ellas triunfarán por la paz, que es el bien de todos, al enviar los pasaportes solicitados por el señor Mármol, creo facilitarle los medios de acercarse á su gobierno para atestiguar la verdad de los propósitos del oriental, y decirle: la paz es posible, no la sacrificaremos.

Estas palabras, en que se siente el mas hondo y honrado sentimiento de paz, muestran que en el concepto del gobierno oriental, el envío de los pasaportes solicitados era un incidente lamentable, sin dudas, pero no una interrupción de buenas relaciones entre los dos gobiernos, pues que quedaba viva una pro / puesta destinada á salvarlas y consolidarlas.

La negociacion quedaba abierta, y el gobierno oriental, que habia pronunciado su última palabra, en la expectativa digna y tranquila de lo que á ella contestase el gobierno argentino.

Segun esta contestacion fuere, las negociaciones continuarian ó se romperian: saldríamos, ó nó, del terreno pacifico en que todavia quedabamos.

Mi gobierno, por los órdenes que se sirvió darme en el día de ayer, imponiendome la misma expectativa en que él se colocaba, me autorizaba, sin embargo, para recibir la contestacion á la propuesta pendiente si el gobierno argentino queria darla por mi intermedio.

Yo no tengo, por el momento, mas autorizacion que esa.

Puedo recibir la contestacion pendiente del gobierno argentino, si V. E. se digna darme la.

Y como no podia ocurrir que esa contestacion no fuese dada, no habria tenido el honor de dirigirme hoy á V. E., ni de recordar el estado de este importante asunto en los terminos en que lo hago por la presente nota, si ello no me fuera impuesto como / una necesidad de mi posicion oficial, en presencia de la actitud que parece asumir el gobierno argentino.

Veo preparativos de guerra, y preparativos serios.

Tengo por cierto que se van á efectuar medidas coercitivas contra la República Oriental.

Nadie que viva en esta ciudad puede equivocarse: más de un deplorable incidente que hará inevitable la guerra, y una guerra

que maldecirán las presentes y las futuras generaciones de estos desgraciados países, puede tener lugar á cada momento.

¡Sucede esto porque el gobierno de V. E., creyendo no tener contestacion que dar, no solo no considera pendiente la negociacion, sino que tiene por agotados los medios pacíficos e interrumpidos las buenas relaciones entre los dos países!

Si este es, como tengo motivo serio para suponerlo, el concepto en que obra el gobierno argentino, él vá á sorprender, y completamente, al gobierno oriental cuyo concepto es, como queda visto, el diametralmente opuesto.

De esto resulta una situacion / que conviene aclarar y definir lealmente y desde luego; y ello le conviene, y muy especialmente, á la República Argentina, que si ha resuelto librar á la fuerza material la decision de cuestiones de derecho y llevarle la guerra á la República Oriental en momentos en que esa república está quebrantada, por las perturbaciones internas que en ella se encendieron y se están alimentando, comprometeria, sin duda, su honor, su hidalguia y la conciencia que debe tener nuestra gloriosa hermana de su propia fuerza, si no obrase en esta, mas que en otra circunstancia, con la más abierta franqueza, desnudando su pensamiento, su palabra y su espada, de toda reticencia y de toda sombra y asumiendo de lleno la responsabilidad de la verdad de su politica y de sus actos.

¿Repele el gobierno argentino el principio del arbitraje?

Si no lo repele, la via de las negociaciones está abierta y condue, sin duda, á la consolidacion de la paz.

El gobierno oriental está esperando, sin tomar ninguna precaucion contra las armas argentinas, la contestacion que á su propuesta de paz se debe.

Si repele ahora el gobierno argentino aquel principio, que ya hizo suyo y que es una tabla de salvacion para / otros países, digalo franca y directamente.

Deciéndolo, asuma, con la frente alta, su responsabilidad de las guerras en que, repeliendo aquel principio, vá á precipitar estos países.

Asúmala ante la América entera.

En la hora en que vemos palpitir bajo la planta del soldado europeo el corazón desgarrado de la República Mejicana y en qué, para oprobio de todos los que llevamos en las venas sangre americana, asistimos, silenciosos, á aquel oprobioso espectáculo, como si solo tuviéramos voz para difamarnos y brazos fratricidas para matarnos, la responsabilidad de la guerra que se provoca es inmensa, porque la guerra, que de hecho será la monstruosa y suicida alianza de los gobiernos regulares con las rebeliones y el

caudillaje, principiará por la bancarrota de los gobiernos que no tienen —¿para qué engañarse?— que no tienen medios legítimos y honestos para mantener la guerra, continuará por la ruina y la devastación de las propiedades de nacionales y de extranjeros, y concluirá por atraernos, en un tiempo más o menos largo, las humillaciones y peligros de las intervenciones extranjeras, que con / estas guerras insensatas estamos provocando y haciendo necesarias.

El camino de las rebeliones, de la revolución y de la guerra en permanencia, es el camino de Méjico...

¡Señor! La paz es todo para estos países. La paz es la civilización; es el progreso moral y material; es la libertad del ciudadano qué, entre nosotros, sólo es libre en la paz; es el organizador de los gobiernos libres, que la guerra imposibilita; es el escudo, único, de la independencia de la América y del principio democrático y republicano que es dogma fundamental para estas nacionalidades.

Las guerras civiles y las guerras de estado á estado, comprometen todos esos bienes en el interior y nos crean todos nuestros peligros en el exterior.

Los procederes y los medios violentos que, desde la conquista, se nos han hecho habituales, nos han perdido y nos pierden.

El principio del arbitraje, suprimiendo la violencia, concurriría, á la vez, á conservar la paz de estado á estado, y á establecer el respeto y la práctica del derecho.

El gobierno oriental propone ese principio. Esa propuesta es la paz.

/Si el gobierno argentino admite la aplicación de ese principio como base de negociación, y no ataca la libertad de las negociaciones por medio de medidas coercitivas, que son la guerra principiada en forma de imposición humillante, las negociaciones continuarían naturalmente para determinar cuales son los puntos en que no pudiendo verificarse el comun acuerdo, cabe la decisión arbitral.

Si, lo que no es de esperar ni de desear, el gobierno argentino desecha la aplicación del principio que ya había admitido, y recurre á las vías del hecho, la espada oriental se cruzará con dolorosa firmeza con la espada argentina, pero la responsabilidad toda pesará sobre el gobierno argentino.

Ella queda establecida de nuevo por la presente nota; y no debo ocultar á V. E. que es éste uno de los principales fines con que la escribo.

La contestación que V. E. se digne darle, creará una situación internacional clara, y los agentes orientales en Buenos Aires podrán tomar, sin temor de equivocarse, la posición que les prescriba la dignidad de / y de su gobierno.

Tengo el honor de reiterar á V. E. las seguridades de mi más alta y distinguida consideración.

Andrés Lamas [Rúbrica]

A Su Excelencia

El señor doctor don Rufino de Elizalde,  
ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

[Archivo General de la Nación, Montevideo; Fondo ex Archivo y Museo Histórico Nacional, Colección Andrés Lamas, caja 144, carpeta 9.]